

De Obama a Trump

El pasado día 20 de enero, Donald Trump tomó posesión de su cargo como 45^º Presidente de los Estados Unidos, obtenido tras su victoria en las elecciones presidenciales del 4 de noviembre del año pasado. Cualquier acontecimiento de esta naturaleza en el país más poderoso del mundo tiene repercusiones globales. Además, en esta ocasión, la personalidad y las propuestas de Trump han elevado las expectativas y las incertidumbres acerca del periodo que comienza con su mandato presidencial: el paso de la presidencia de Barack Obama a la de Trump.

I. Sueños y pesadillas

El sueño americano forma parte del imaginario colectivo de los Estados Unidos, y ha actuado como factor de cohesión nacional y como estímulo individual. El famoso discurso de Martin Luther King Jr., pronunciado en Washington DC en 1963, insistía en la necesidad de actualizar y ensanchar este sueño (*I have a dream*, decía el líder de los derechos civiles). Décadas después, la llegada de Barack Obama a la Casa Blanca pareció cristalizar ese sueño, mostrando —como indicaba su eslogan electoral— que “sí, se puede”. En otro lugar hemos ofrecido a nuestros lectores un balance de la presidencia de Obama que, por supuesto, presenta logros evidentes junto a intentos fracasados, errores varios y algunas frustraciones ¹. Por su parte, Donald Trump ha

¹ Cf. R. D. SULLIVAN, “Dirigiendo la nave del gobierno: Quince caminos por los que el presidente Obama ha cambiado el rumbo de América”, en *Razón y Fe* 1415 (2016), 157-169.

logrado sintonizar efectivamente con el sueño de la clase media estadounidense de “ser grandes de nuevo”.

Si la elección de Obama supuso, a nivel global, un estallido de júbilo, esperanza y sueños compartidos (de una manera especialmente llamativa en África), la llegada de Trump a la presidencia de Estados Unidos ha suscitado, más bien, una sensación de amenaza, miedos e incertidumbre. En lenguaje popular y directo, parece que se ha pasado del sueño a la pesadilla. De forma algo más sofisticada, podríamos decir que Trump plasma, de manera paradójica o incluso contradictoria, algo de lo que el sociólogo alemán Ulrich Beck identificó como “la sociedad del riesgo”. Por un lado, su victoria se explica como reacción ante ciertas amenazas globales y difusas (terrorismo yihadista, crisis ecológica, competencia comercial china, emigración mexicana). Por otro lado, Trump se convierte en sí mismo en una fuente de incertidumbre y riesgo global.

2. Promesas y amenazas

El evidente contraste entre ambos presidentes puede ilustrarse bien a partir de dos de sus promesas electorales más llamativas y conocidas. Obama llegó a la presidencia con el compromiso de cerrar Guantánamo, la base militar convertida en prisión para acusados de terrorismo internacional. Por su parte, Trump ha hecho de la construcción del Gran Muro fronterizo con México una de sus principales banderas electorales. Puentes y muros. Promesas y amenazas. Resuenan en este momento las palabras pronunciadas por el papa Francisco en México, hace poco menos de un año: “Una persona que piensa sólo en construir muros y no construir puentes, no es cristiano”.

Ahora bien, termina el doble mandato presidencial de Obama, pero Guantánamo sigue en funcionamiento. El paso de los deseos a la realidad, de las promesas a su cumplimiento, no es evidente ni lineal. Las cuestiones jurídicas, económicas, políticas o diplomáticas tienen un peso evidente en la puesta en práctica de iniciativas de esta envergadura. ¿Construirá Trump el muro prometido? No está claro. Al mismo tiempo, esta dosis de realismo

político no puede hacernos olvidar la otra cara de la moneda: más allá de las realizaciones concretas y de sus ritmos, el discurso político marca tendencia y orientación. Es cierto que Obama no ha logrado cerrar Guantánamo; pero también es cierto que hoy hay un 84% menos de personas presas allí que cuando comenzó a gobernar. No sabemos si Trump logrará construir el muro, pero ya ha inculcado el miedo a los migrantes latinos y las relaciones con México ya están enrarecidas.

3. *Checks and balances*

La expresión inglesa *checks and balances* refleja bien el sistema político estadounidense y, por eso mismo, no resulta fácil de traducir. Podemos hablar de pesos y contrapesos, supervisión y equilibrio, controles y balances; en realidad, apunta a un sistema real de división de poderes a través de diversos mecanismos correctores que equilibran las fuerzas de los poderes del Estado. Este hecho sirve para ajustar con mayor realismo las expectativas que pueda haber respecto a cualquier presidente de los Estados Unidos. Posiblemente, se trate del cargo político más importante del mundo, el que más poder otorga; pero eso no significa, ni mucho menos, que el presidente tenga un poder ilimitado. Esto es clave para situar correctamente el sentido de la llegada de Trump a la Casa Blanca. Mencionaremos solo dos aspectos: la estabilidad institucional y el sistema de equilibrio político.

El hecho de que tanto las elecciones presidenciales de Estados Unidos como la toma de posesión del Presidente se celebren en fecha fija (el primer martes después del primer lunes de noviembre, en el primer caso; y el 20 de enero del año siguiente, en el segundo) y que haya sido así durante más de 200 años, da idea de la estabilidad de su sistema democrático. Por supuesto que hay limitaciones y deficiencias en este modelo estadounidense: como la diferencia entre el voto popular y el voto electoral, que en esta ocasión ha llevado a que Hillary Clinton no sea presidenta, a pesar de haber obtenido casi tres millones de votos más que Trump. Pero las reglas están claras, así como los procedimientos para modificarlas. Pero esto no ha evitado que agencias de seguridad de los Estados Unidos apuntasen a Rusia como el

responsable de una injerencia en el desarrollo democrático de unas elecciones.

Donald Trump ha sido elegido como presidente de los Estados Unidos y, como tal, es el responsable último del poder ejecutivo del país. Pero existe un poder legislativo, con un sistema bicameral en el que senadores y congresistas tienen una nítida autonomía respecto a las disciplinas de partido que dominan el modelo parlamentario europeo. De este modo, la aritmética parlamentaria es mucho más compleja de lo que pudiera dar a entender la mayoría republicana en ambas cámaras; el conflicto entre el presidente Trump y el *establishment* republicano ha sido evidente durante la campaña y, por supuesto, no va a desaparecer ahora. Finalmente, el poder judicial estadounidense es un poder independiente. Con todo esto queremos indicar, sencillamente, que hay que ser cautelosos antes de sacar conclusiones acerca de lo que será capaz de hacer el presidente Trump.

4. Personas y equipos

Barack Obama dio sus primeros pasos profesionales y políticos como trabajador social comunitario en zonas marginadas de Chicago. Donald Trump es un magnate del mundo del espectáculo audiovisual, que ni siquiera plasma el ideal del hombre hecho a sí mismo, pues heredó una gran fortuna de su padre. También aquí hay un contraste evidente, que se aprecia en sus respectivos "cuarteles generales": un local comunitario de barrio en un Chicago racial y socioeconómicamente escindido; frente a la Torre Trump, un impresionante y polémico rascacielos situado en la Quinta Avenida de Nueva York. Impresionante porque es uno de los más lujosos y altos de Manhattan. Polémico porque Donald Trump ha recibido acusaciones de que, durante su construcción, destruyó obras de arte, contrató a más de 200 trabajadores inmigrantes indocumentados y empleó toneladas de hormigón suministrado por el crimen organizado.

En todo caso, más allá de las personas individuales, están los equipos que forman a su alrededor. Esto es particularmente relevante si nos fijamos en Donald Trump, dada su enérgica

personalidad y su marcado discurso contrario a las élites políticas de Washington. Su triunfo electoral se debe a que logró enlazar con las clases medias blancas, de zonas rurales o urbanas en declive. Sin embargo, los nombramientos de Trump para su equipo de gobierno apuntan en otra dirección: sus colaboradores provienen de las élites económicas, carecen de experiencia de gobierno y mantienen posturas llamativas y extremas. Pensemos en Rex Tillerson, hasta ahora presidente de *Exxon Mobil*, como futuro secretario de Estado; en Gary Cohn, proveniente de *Goldmann Sachs*, como director del Consejo Económico Nacional; en Rick Perry, nuevo secretario de Energía, que prometió hace años acabar con ese organismo por considerarlo inútil; en Robert Lighthizer, nuevo responsable de comercio, vinculado a la industria del acero y contrario al libre comercio; o en Scott Pruitt, nuevo director de la Agencia para la Protección del Medio Ambiente, que niega el cambio climático y está vinculado a la industria del petróleo y del carbón. Basten estos ejemplos de un equipo que puede resultar decepcionante para muchos de sus votantes, imprevisible para todos y amenazante para muchos.

5. Política virtual y política real

Con frecuencia, se dice que los políticos realizan promesas electorales que luego no son capaces de cumplir. En el caso de Donald Trump, la situación parece ser algo diferente. Recordemos que es un hombre que proviene del mundo del espectáculo. Un espacio en el que la ficción se convierte en realidad. Ahora, las "cortinas de humo" no pretenden, como en la política clásica, ocultar la realidad; en la sociedad del espectáculo mercantilizado se trata, con frecuencia, de "vender humo" y crear realidad. Trump ha contribuido a que "post-verdad" sea la palabra del año 2016, según el *Diccionario Oxford*. Las mentiras se hacen reales. También peligrosas, como en el caso del ataque a una pizzería en Washington DC, en diciembre de 2016, después de que se intentase involucrar a Hillary Clinton en un falso e inventado caso de corrupción vinculado a pizzerías. Se trata de un nuevo ejemplo de la sociedad del riesgo a la que aludimos anteriormente.

En los dos meses y medio que han transcurrido entre la elección de Trump y su nombramiento, la red social Twitter ha abierto un nuevo frente de atención e interés. Los mensajes incendiarios del nuevo presidente han marcado la agenda, logrando un impacto muy superior a sus 18,8 millones de seguidores (recordemos que Barack Obama tiene 80 millones). Resulta curioso que la cuenta de Trump sea precisamente @realDonaldTrump: no se trata de un sucedáneo, pero, además, crea realidad desde el mundo virtual. Desde Twitter, el presidente se ha encarado a *General Motors* y a *Ford* acerca de la producción de coches en México; ha criticado a Obama en torno a Guantánamo y la reforma sanitaria; se ha enfrentado al grupo republicano del Senado... Todavía no ha tomado decisiones políticas desde el Despacho Oval, pero la política virtual ya es realidad.

6. *Politics and policies*

Hay otra expresión inglesa difícil de traducir en castellano. Se trata de la diferencia entre *politics* y *policies*, la "política" y las "políticas", o, dicho de otro modo, del reto de pasar de los principios políticos (*politics*) a los programas políticos concretos y operativos (*policies*). Es una pregunta relevante cuando se inicia el periodo de gobierno de cualquier político. En el caso de Donald Trump la inquietud se agudiza, porque sus ideas políticas se alejan de la sabiduría común o de lo políticamente correcto; y porque no está claro qué pueden significar muchas de ellas a la hora de tomar decisiones concretas y orientar el diseño de sus políticas públicas.

Trump ha defendido una política nacionalista y aislacionista. Es fácil convertir esos principios en eslóganes electorales atractivos para los desempleados de la industria del automóvil de Detroit y otras ciudades del Medio Oeste. Es fácil lanzar algunos *tuits* al respecto. Pero más difícil es mantener una política coherente y eficaz a medio plazo. Las relaciones con México o con China, por poner dos ejemplos relevantes, no son unilaterales, simples o unidireccionales. No basta una decisión concreta para resolver un rompecabezas que, sin duda, es complejo. ¿Y qué decir, por ejemplo, de la política de seguridad exterior? Una cosa es

defender el aislacionismo militar estadounidense y otra distinta pretender acabar con todo el terrorismo yihadista, aunque puede que lo más difícil sea mantener ambas posturas al mismo tiempo. La política exterior de Trump, sin duda, abre muchos interrogantes y plantea innumerables dudas.

* * * *

El mandato de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos abre un periodo de gran incertidumbre. Su talante personal, así como buena parte de sus opiniones y decisiones, han sembrado inquietud en numerosos observadores de todo el mundo. Motivos no faltan, como hemos indicado en estas páginas, pero el alarmismo nunca es buen consejero. Habrá que seguir, con cautela y prudencia, el devenir de los acontecimientos, y mantener, con firmeza y lucidez, los criterios básicos ante una realidad cambiante. ■

SALTERRAE

Juan Carlos Scannone, SJ

La teología del pueblo

Raíces teológicas del papa Francisco


SALTERRAE


Presencia
Teológica

JUAN CARLOS SCANNONE, SJ

La teología del pueblo *Raíces teológicas del papa Francisco*

280 págs.

P.V.P.: 16,90 €

¿Cómo interpretar el deseo del papa Francisco de «una Iglesia pobre para los pobres», su crítica al capitalismo salvaje y a la idolatría del mercado, su lucha por una globalización alternativa a la neoliberal, equitativa y solidaria para todos los pueblos? Una clave imprescindible es conocer las raíces teológicas de la pastoral y la teología de Francisco en la teología argentina del pueblo y la cultura, una vertiente «con rasgos propios» de la teología de la liberación. En esta obra la presenta Juan Carlos Scannone, antiguo profesor suyo, quien convivió con él muchos años y que ha sido citado por Francisco en su primera encíclica (*Laudato si'*, nota 117).


LOYOLA
GRUPO DE
COMUNICACIÓN

Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
